

# EL ECO DE LA VERDAD.

SEMANARIO ESPIRITISTA.



PRECIOS DE SUSCRICION.	LA REDACCION Y ADMINISTRACION,	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.	Calle de Fonollá, 24 y 26. Se publica los Jueves.	En Lérida, Administracion de
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas.		El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.—
Extranjero y Ultramar: un año, id.. 8 ptas.		Madrid: Almagro, 8, entr. derecha -Alicante: S. Francisco, 28, dup <sup>o</sup>

## SUMARIO.

La instruccion (Conclusion).—El deber de los padres.—Meditacion.—La soledad del hombre.—Pensamientos.

## LA INSTRUCCION.

(Conclusion).

El espiritismo se puso de moda; mas, cuando vieron los curiosos que los espíritus no les decían el sitio donde habían de encontrar tesoros fabulosos escondidos por la «dama blanca» y el «hechicero del torrente,» y que ni siquiera les acertaban los números que salían premiados en la lotería, dijeron con todo el aplomo de la estupidez: ¡Bah! ¡bah! pues si los espíritus son tan topos como nosotros, si no adivinan si seremos «ricos,» y «si viajaremos por mar ó por tierra,» y si moriremos jóvenes ó viejos, para no saber nada nuevo, no merece la pena el calentarnos la cabeza llamando á los espíritus, y convencidos por la fuerza de tan poderosos argumentos, se fueron retirando la mayor parte de los socios que formaban los Centros: que como dice muy bien una antigua sentencia:

«Gustando la ciencia se cae en la incredulidad, pero empapándose en ella, se torna á la fé.»

El espiritismo, escuela profundamente filosófica, no sirve para el curioso, no le satisface, no le convence; en cambio, el hombre pensador encuentra en ella «el remedio del alma,» como lo encontraba el rey egipcio en su biblioteca.

«El estudio del espiritismo que repentinamente nos conduce á un orden de cosas tan nuevo y tan dilatado, solo puede ser hecho fructíferamente por hombres graves, perseverantes, ajenos de prevenciones y animados de la firme y sincera voluntad de obtener un resultado, y en el estudio de la doctrina espírita hay que observar la hilacion, la regularidad y el recogimiento.»

Esto dice el sábio Allan Kardec, y nosotros creemos como él que sin las citadas condiciones, todo proyecto de estudio seria inútil.

Y para estudiar, para saber estudiar, se necesita estar educado desde la más tierna edad, acostumbrado á que funcionen las primeras potencias, haciéndolas sentir, pensar y querer.

La instruccion primera es el alfabeto de la ciencia, sin conocer las letras nadie puede leer; por mucho que el espíritu tenga aprendido, los primeros rudimientos de la lectura y de la escritura, necesita aprenderlos.

Si cuando el espiritismo se divulgó en América, y desde allí se propagó por Europa y por otras partes del mundo, en lugar de formar tantos centros y tantos grupos se hubieran establecido escuelas por aquellos que primero conocieron la verdad espírita, enseñándose en ellas la verdadera doctrina cristiana, usando como libros sagrados «El Evangelio» y «La Filosofía Espiritista» de Kardec, como libro científico su «Génesis» y «El cielo y el infierno» como lectura recreativa; si bajo el criterio espírita se hubieran ido escribiendo crónicas y leyendas apropiadas á la infancia,

cuánto más sólida y más poderosa no sería hoy la base del espiritismo, cimentada en los fuertes sillares de la instrucción!

Cristo decía: dejad que vengan á mí los pequeños: nosotros también, si queremos que el espiritismo sea la religión del porvenir, tenemos que abrir muchas escuelas y decir á los niños:

¡Generación del siglo XIX, ven con nosotros!

No te asustaremos con el infierno, ni te engañaremos con la gloria; pero te enseñaremos á ser humilde y caritativa.

Te haremos conocer las muchas moradas que nos tiene reservadas nuestro Padre.

Te haremos amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á ti misma.

Te haremos amar la ciencia, porque esta es la síntesis de Dios.

Te haremos rendir culto á la caridad, porque esta es la personificación del Creador.

Te haremos descifrar el jeroglífico de la muerte.

Te haremos resolver el problema de la vida.

Te enseñaremos á esperar, porque te haremos creer.

Te llevaremos por la senda del progreso á la Basílica de la civilización, para que en ella adores «la trilogía eterna que es la naturaleza, la libertad y Dios.» (1).

Si espiritistas, esto debemos hacer; formemos un plan de estudios y llamemos á la infancia, ó por mejor decir á los padres y tutores de esos tiernos niños que han nacido entre piedras; entre piedras, sí; por un lado las ruinas del mundo antiguo, que aún conservan el calor de las hogueras.... por el otro las montañas perforadas para que pasen las locomotoras.

Digámosle á nuestra generación dualista, lo que dice Víctor Hugo: «que sino hubiese amor, se apagaria el sol.»

Probémosle que el amor no debe considerarse en el estrecho límite de que solo se manifiesta uniendo las razas.

El amor no es como lo han pintado los pesimistas diciendo; que era el cambio de dos caprichos, y el contacto de dos epidermis.

No, mil veces nó; el amor es otra cosa, nace en el insecto y se pierde en el infinito.

En la naturaleza todo funciona á impulsos del amor.

La misma destrucción obedece á un principio amoroso.

Las metamorfosis de los planetas, las mejores condiciones que adquieren en su atmósfera, en su suelo y en todas sus especies, qué otra cosa son que manifestaciones de amor de la siempre pródiga naturaleza? Ahora bien; han de ser los hombres inferiores en sentimientos á las demás especies de la creación? nó; y principalmente los que tienen que cumplir la sagrada misión de padre. A esos nos debemos dirigir, diciéndoles:

Si quereis á vuestros hijos dadles instrucción, porque una buena educación es la mejor herencia que les podeis dejar.

El espiritismo es la escuela filosófica mas adelantada de nuestros días, la que mejor llena el vacío que hay entre Dios y el hombre. Si amais á vuestros hijos, afiliaos á ella y tratad de inculcar en la mente de los pequeños los principios de justicia y de benevolencia.

Sí, espiritistas, propaguemos de este modo la buena nueva, practiquemos el amor y la caridad; esta no consiste únicamente en dar una limosna en ropas ó en dinero.

La instrucción es el traje del espíritu, abriguemos pues á éste.

Vistamos el espíritu desnudo, con todo el lujo y la magnificencia del talento.

Con todas las galas de la ciencia y la sencillez de la verdadera sabiduría.

Con todos los encantos de la sensibilidad.

Con todos los perfumes del compasivo amor.

¡Espiritistas! ¡jamais vuestra doctrina? si la amais, instruíd á los niños, para que estos con sus virtudes propaguen la buena nueva y sean los apóstoles del porvenir.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

1) Castelar.

## EL DEBER DE LOS PADRES.

Una de las principales bases de la perfeccion para que la humanidad progrese, consiste en la educacion que los padres dan á sus hijos.

Los padres, ante todo, deben tener una paciencia ilimitada, una táctica especial para salvar los escollos que encuentren ante su paso, y un gran estudio hasta en la mas ínfima accion de los hijos.

El amor, es el mas poderoso iman hácia ellos; por medio del cariño y la dulzura, se consigue mucho, no solo de los niños, si que tambien de la mayoría de los seres que pueblan el Universo.

Desde la cuna, el hijo ya dá á conocer los instintos buenos ó malos que trae de su existencia anterior; por lo tanto, es preciso dedicarse á un minucioso escrutinio de ellos; todos los males tienen un principio en el egoismo, la envidia y el orgullo, debiendo vigilar el menor indicio que revele el gérmen de estos vicios, combatiéndolos sin esperar á que echen raíces profundas.

El corazon del niño, es una tierra virgen de la cual se pueden sacar ópimos frutos si se sabe cultivar bien.

Lo primero que se les debe enseñar á los niños, es á ser humildes, pero no con esa humildad aparente que es la gemela de la hipocresía, sino con la verdadera humildad del corazon; modestos con los superiores, sencillos con sus iguales, amables con sus inferiores y callados y prudentes en todas ocasiones,

La principal base de la buena educacion moral, es la de inculcarles ese bello sentimiento del amor universal, porque ya lleva en sí la ventaja de no conocer el ódio ni la venganza para nadie: el amor universal, es el sello del espiritismo, y el lazo indisoluble de la humanidad: el que ama, siente; y el que siente, no puede serle indiferente la desgracia ajena, siendo esta la base principal de la virtud; pues no hay nada mas bello, que ver á un niño de corta edad, que al pasar por el lado de un mendigo no huye de él, sino que por el contrario, al alargarle el pobre su escuálida mano, el niño le dá uno de los dulces que guarda en su bolsillito, y luego mira á sus padres como diciéndoles: yo, ya he dado cuanto poseia, ahora, os toca á vosotros: ciertamente que este niño no será orgulloso, porque sus padres habrán sabido inculcar en su tierno corazon los bellísimos sentimientos del amor y la humildad.

Los padres han de ser siempre los celosos vigías de sus hijos y apenas descubran indicios de algun mal instinto, acto continuo debe caer sobre ellos la segur de su justicia, para que no prosigan produciendo abrojos; y mas tarde cuando lleguen á ser hombres, sean pensadores, amantes del trabajo, de carácter dulce, compasivos y siempre dispuestos á sacrificarse en favor de cualquiera de sus semejantes.

Por esto nosotros, no cesaremos de pedir con incansable afan, instruccion para la mujer. ¡Oh! sí, la mujer instruida, es un foco de ciencia inagotable que puede dar un gran provecho á la humanidad: la mujer con instruccion, es la hija respetuosa, la esposa prudente, la madre solícita y cariñosa, y la verdadera maestra de sus hijos: ella, y solamente ella, puede hacer dar un gran paso hácia el progreso á toda la humanidad, porque educando bien á sus hijos, los hombres de mañana, serán muy distintos á los de hoy.

La madre es la que les dá el primer alimento; la que les enseña á balbucear las primeras palabras; la que se identifica con ellos; la que llora cuando sufren; la que goza si están alegres; la que está pendiente de sus pensamientos; la que está constantemente adherida á ellos, pues que vive de su vida y se alimenta de su amor; ella si es instruida, puede educar á sus hijos moral y materialmente; pero si nada sabe, nada podrá enseñar ni corregir á sus pequeños.

Conocemos á una madre verdaderamente modelo, que tiene dos niños y tres niñas: al entrar en su casa, sorprende agradablemente el aseo y orden que reina; las

niñas cosen y bordan al lado de su madre; un poco mas apartados, están los dos niños estudiando la leccion ó bien amenizando las horas con alguna lectura instructiva; nadie de ellos despliega los lábios para entrometerse en ninguna conversacion, á menos que les pregunten algo, á lo que contestan modestos y risueños; cuando llega el momento de asueto, cualquiera creería que vá á presenciarse gritos, carreras y algazaras, pero nada de esto; las niñas cogen sus muñecas y se entretienen en confeccionarlas lindos trajes, los cuales dirige su madre, y los niños pintan y comparan sus colores con los de las flores, y si no están bien, procuran imitarlos cuanto les es posible: así es, que cuando salimos de aquella casa, no podemos menos de exclamar: ¡Qué bella educacion dá esta madre á sus hijos, pues hasta en sus juegos los dedica á la instruccion! De este modo aquella madre virtuosa, es la jardinera incansable que cultiva las delicadas flores de su familia con gran celo, para que no haya espinas ni abrojos, y sí solo el suave aroma de la perfeccion moral.

Cuando los padres han hecho todo cuanto han podido para el adelantamiento moral de sus hijos, sin conseguir su objeto, no se les puede hacer cargo alguno, y su conciencia debe estar tranquila; porque nunca Dios pedirá cuenta á los padres que han cumplido bien, de las faltas que cometan sus hijos, y vice-versa: pero si por el contrario, los padres descuidan la educacion de sus hijos y dejan crecer á esos pequeños arbustos sin despojarlos de la maleza que les rodea; ay de ellos el dia en que esté en todo su apogeo, porque serán los responsables de que aquellos árboles no den buenos y sazonados frutos; y cuando dejen la tierra, Dios les preguntará: ¿qué habeis hecho de aquel niño confiado á vuestro cuidado? Pero ellos confusos y avergonzados, huirán agobiados por el remordimiento á expiar su falta por algun tiempo y prepararse para otra encarnacion en la que sepan cumplir mejor su deber de padres.

¡Oh! ¡Dichosos mil veces todos los que educan bien á sus hijos, y saben inculcar en su jóven corazon la sana moral de la virtud y amor al trabajo; porque ciertamente estos, darán gran provecho á la humanidad!

Y vosotras, madres de familia, no os estacioneis en la ignorancia, alzad la frente, tended vuestra vista al infinito, contemplad esa preciosa bóveda que nos cubre, pensad que el Autor de esa bellissima obra es infinitamente sábio, que es el mismo que nos ha creado á todos, y que en su bondad suma, no puede permitir que sus hijos sean ignorantes, sino que quiere que estudien, analicen y se instruyan, cultivando la inteligencia que nos ha dado.

La antorcha del espiritismo, brilla con la diáfana luz de la verdad; y la verdad, es voz de Dios. Marchemos pues en pós de ella, sin perder ni un átomo de su dulcísimo eco.

CÁNDIDA SANZ.

Barcelona y Setiembre de 1879.

---

## MEDITACION.

---

• Á MI DULCE AMIGA, LA TIERNA POETISA ZULEMA.

Mi frente se humilla ante la contemplacion de las obras maravillosas del Creador.

Do quiera que dirija mis ojos, descubro esos sublimes y grandiosos cuadros de la Naturaleza, que nos demuestran la existencia de un Dios Poderoso, de un Sér Supremo, Creador de todo lo noble y grande que encierra el Universo.

Al contemplar la inmensidad de los Océanos, ora en sus dias de apacible calma, cuando ni la mas ligera nubecilla enturbia el bruñido espejo de las aguas, en cuyas límpidas corrientes se reflejan los rayos de oro del sol naciente, yá admirando el vuelo rápido de las aves marinas que, describiendo graciosas curvas, ora se elevan á alturas prodigiosas, ora descenden hasta rozar las aguas con sus blancas y sedosas

las; y cuando el mar, agitado por la tempestad, levanta olas formidables y gigantes que con fúria desordenada se deshacen entre sí, yendo despues sus espumosas ondas, en el flujo y reflujo de las aguas, á chocar contra las erizadas rocas de la costa, donde se estrellan para volver luego con mayor ímpetu; y cuando, restablecida ya la calma, el elemento líquido torna á aquietarse en su lecho, cuando la tempestad cesa de rugir, y la luna aparece en el oriente radiante de esplendor, un nuevo cuadro nos presenta la Naturaleza, el cual nos hace admirar más la Omnipotencia y sabiduría del divino Hacedor.

Ante la contemplacion de tan grandiosos espectáculos, nuestra alma quiere desprenderse de la materia y elevar su raudó vuelo á las regiones infinitas de lo eterno, á esa mansion celestial do mora el rey del Universo; nuestro corazon se agita dentro de su estrecha cárcel, y busca ansioso un espacio más ancho donde poder sentir, admirar y glorificar al Supremo artista, al Autor de tantas bellezas! — El mísero mortal siente dilatarse su espíritu en medio de los raudales de luz celestial, que lo envuelven en una atmósfera de aromas esquisitas; siente que su alma, se eleva al mundo real, y que su imaginacion vaga por los espacios ideales de lo infinito!

Más, torna luego su vista sobre sí, reconoce su pequeñez material, la impotencia de su sér, y humilla su frente ante el Soberano de cielos y tierra.

Reconoce en *El*, á su Creador, á su padre espiritual, y entona himnos de gloria y alabanza, aclamándole como el autor de todos los magníficos y espléndidos cuadros de la Naturaleza que poco há admiraba, y dá gracias desde el interior de su alma á aquel que le hace experimentar tanta dicha, tan inmenso beneficio.

Reconócese pequeño ante tanta grandeza, y admira absorto la existencia de las aves, de los pajarillos, que con la inteligencia especial con que Dios les dotó, ellos mismos elaboran sus nidos de sedosas plumas y tejidas ramitas; admira los campos sembrados de yerbas olorosas y de árboles seculares.

Queda estasiado, ante la prodigiosa rotacion de los astros, los cuales admirablemente colocados nos señalan el rápido transcurso de los años, y las variadas estaciones del tiempo.

Y en todo vé la potente mano de Dios, en todo adivina su escelsa presencia, y prosternarse de hinojos exclamando:

—Oh! Dios! jamás mi alma podria dudar de tu existencia, despues de admirar aquellos cuadros, contemplo tu mas perfecta obra, *el hombre*, y ante tanta grandeza, adórote, y reconozco en vos el divino autor de todo lo creado!

LOLA LARROSA.

Buenos Aires.

---

## LA SOLEDAD DEL HOMBRE.

### III.

A la noche siguiente fuimos á casa de Julia, y encontramos á esta con los ojos enrojecidos por el llanto, y á Gaspar Nuñez riéndola cariñosamente.

—¿Qué te ocurre? la preguntamos.

—¿Qué quieres, mujer, que quieres? que soy el rigor de las desdichas.

—¿Pero qué hay?

—Que Enrique ha tenido que marchar inmediatamente á París, porque se ha recibido un parte telegráfico de la de Lopez, diciendo que Enrique fuera sin demora á París, que el banquero Soler tenia órden de entregarle cuanto pidiera para el viaje, y como él, en cumplimiento de su deber es tan exacto, por mas que le he suplicado, hace media hora que se ha ido. ¡Señor! ¡Señor! esa dichosa señora de Lopez ha nacido para mi tormento; y la pobre Julia lloraba sin consuelo.

Su madre le trajo la niña diciéndola:—Tómala un ratito, esto te distraerá.

—Si, para niños estoy yo: pero su madre no hizo caso de su contestacion, y se la colocó en la falda. Julia entonces la acarició distraidamente, y á los pocos momentos vimos que se despeinaba con febril impaciencia, y dejaba caer sobre su espalda sus magníficas trenzas del color del ébano.

—¿Qué haces muchacha? le preguntó el doctor.

—Que parece que tengo en mi cabeza una montaña, todo me pesa, todo me incomoda. No falta mas sino que me ponga enferma.

—¿Qué te has de poner muchacha, que te has de poner! Lo que te sucede que como esta noche no tienes que agradar á nadie, quíeres estar con toda comodidad, porque para tí, ahora en el mundo, no hay mas que una persona; Enrique.

—Tiene V. razon; contestó la jéven con entusiasmo. Enrique es el todo para mí. Para él quiero ser bella, para él quiero ser instruida, para él quiero ser laboriosa, para él quiero tener todas las virtudes y todas las gracias (si esto pudiera ser), para que ninguna mujer le guste mas que yo.

—Pues no pides poco, muchacha, dijo Gaspar riéndose alegremente.

—¿Cómo? ¿cree V. que pido mucho? Yo no exijo más sino que él haga lo que yo. A mí ningun hombre me gusta mas que él; justo es que yo desee que ninguna mujer le guste mas que yo.

—Hoy por hoy, dijo su madre, creo que para él no hay mas mujer que tú en el mundo.

—Es muy cierto, replicó el doctor; Enrique está tan enamorado, tan profundamente enamorado de Julia, que por todas partes la vé; algunas veces me rio, va hablando conmigo y de pronto esclama:—Mire V., mire V., ¿no es aquella Julia? jurara que es ella.

—Que ha de ser, le digo yo, tú sueñas; si esa que estás mirando es mucho más alta que tu prometida.

—Sí, sí, estoy loco, replica él; si Julia tampoco podia ser, porque nunca sale sola, siempre yo voy con ella. Otras veces me habla de sus planes de felicidad, y si todo sale como él desea, serás una de las mujeres mas felices de la tierra, si tu tienes talento para conservar tu ventura.

—Si el amar mucho sirve para ser dichosa, entonces yo seré muy feliz, porque Enrique es mi religion.

—Es que no basta querer, es necesario saber querer; yo en eso soy muy entendido, porque como tú sabes tres veces me he casado, y mis tres mujeres me han hecho estudiar sin querer. Yo creo que tu serás como mi María, pero como nunca está de sobra aprender, y además le he prometido á Amalia contarle algo de Margarita, os diré como me casé muy enamorado, y como á pesar de esa feliz circunstancia, viví muy solo.

—Sí, sí; hable V., dijimos las tres con grande afan, y Nuñez prosiguió diciendo:

—Ya os he dicho otras veces que Margarita era tan hermosa, tan admirablemente bella, que no he visto ninguna mujer que se le pareciera. Cuando yo la conocí tenia 17 años, vestia con lujo y elegancia estremada, le gustaba mucho ir á paseo para lucir su espléndida hermosura. El dia que nos casamos, cuando entró en el salon con su traje de desposada, mas blanco que la nieve, no parecia una mujer, sino una aparicion celestial. Yo estaba loco, nunca la habia visto tan bella.

A los pocos dias de casados la dije: Mira, ponte el traje de novia, quiero verte otra vez envuelta en aquel blanco velo, me pareciste con tu vestido de desposada una vision divina.

—Quita allá, me dijo ella riéndose, pues no tendria mal trabajo; y luego, ¿para qué? ¿para que me veas tú?

—Pues aquella noche ¿para qué te vestistes? ¿No era para que yo te viera?

—Me vestí para que me vieran todos; para seguir la costumbre de la moda.

—¡Ah! ¿con qué no fué para parecerme mas bella? le pregunté con acento enojado.

—Déjate de tonterías, me dijo ella riéndose, y vámonos al teatro; déjame vestir que haríamos tarde.

Aquel incidente insignificante, al parecer, me causó muy mala impresión; porque conocí que mi mujer tenía en más las miradas de la multitud, que una mirada de su marido; y desde entonces observé sus menores movimientos. Para salir se vestía con una coquetería estremada, y la noche que nos quedábamos en casa porque llovía, ó porque yo tenía que hacer, Margarita no se quitaba la bata de la mañana, ni se arreglaba los cabellos, y las más de las veces me decía riéndose:—¡Qué bien! esta noche la aprovecharé para dormir; y se acostaba dejándome solo, entregado á muy amargas reflexiones, porque yo decía: Esta mujer acepta mi compañía para lucir en la sociedad, porque necesita quien la acompañe, pero á solas conmigo se fastidia. Esto me enojaba, y me fui retirando del gran mundo. Ella solía decirme:—Tienes un genio muy raro; siempre te gusta pasear por sitios apartados y solitarios; me haces vestir para nada.

—Te hago vestir para mí, la decía yo.

—Para tí de cualquier modo estoy bien; replicaba con impaciencia. Estas palabras me dejaban helado, y solía decirle:—¿Pero tú para quién vives? ¿para el mundo ó para mí?

—Déjate de simplezas, contestaba ella; entre nosotros no puede haber ilusiones para quererse agrandar, después todo lo tenemos hablado; por esto ir al paseo donde va la gente es más distraído, se ven unos á otros, se lucen los vestidos, se ven las modas, y le dá á una gana de vestirse; pero para ir por andurriales, ¡bah! ¡bah! pierde uno el tiempo en componerse. No me engañarás otra vez: y aquella mujer tan bella pasaba los días sin cuidarse en lo más leve de su persona, atendía á sus hijos bastante bien, y se incomodaba porque yo no los dejaba salir con la niñera para quedarse ella un rato tranquila; y como nunca veía yo que tuviera gusto en complacerme: sin querer yo, ahora conozco que me volví algo uraño, y no le fui infiel, no por cariño, sino porque mi carácter ha sido siempre muy opuesto á trapisondas; mas á pesar de esto, veía en casa de mis amigos mujeres que me agradaban, en particular la esposa de un compañero mío, que siempre la encontraba vestida con cierta elegancia. Un día no pude menos de decírselo, que me gustaba mucho verla siempre tan elegante, y ella me contestó:—A mi esposo le agradan mucho las mujeres, y me decía mi madre: «que la mujer compuesta quita al marido de la otra puerta», y yo quiero agrandarle mucho, para que no se fije en mis vecinas.

Este cuidado, este afán de conservar el cariño y la ilusión de su marido me gustaba tanto, entraba tan de lleno en mis ideas, que á pesar de poder ser aquella mujer madre de mi esposa y no ser bonita, á mí me encantaba su trato, y cuando entraba en mi casa y veía á Margarita tan bella, pero tan desidiosa, tan abandonada, despeinada, con un vestido viejo, decía entre mí:—¿En que estaría yo pensando cuando me casé con esta mujer? Y repito que no le fui infiel, porque vivía entregado completamente al trabajo de mi profesión, y al más profundo estudio; mas ella llegó á serme indiferente como mujer, y ya os he dicho que no he visto mujer más hermosa, pero mi pasión, mi delirio, mi frenesí, dejeneró en un cariño casi paternal, veía en ella más que una esposa querida, una hija mal criada, voluntariosa, que había que dejarla con sus caprichos, pero sin tener con ella, esa intimidad del alma que llena la vida.

Entraba en mi casa, y en lugar de preguntarme si venía muy cansado, si había trabajado mucho, procurándome algún descanso, ayudándome á quitar el gaban, y á ponerme la bata, esas *pequeñeces* que tanto llenan la vida, nunca las encontraba yo, antes muy al contrario; si salía á mi encuentro era para darme el niño más pequeño diciéndome:

—Estaba deseando que vinieras, porque esta criatura es insufrible, me tiene loca con sus gritos. Yo no sé como hay mujeres, que les gusta tener hijos; y se dejaba caer en una butaca revelando su semblante el fastidio más profundo.

Nunca la ví con tierna solicitud ocuparse de mi ropa blanca, siempre le tenía

que pedir varias veces la camisa para mudarme. Jamás la ví afanosa limpiando ni cepillando mi ropa, yo tenía que advertirle donde me faltaba un boton.

No me fué infiel, eso no; yo tampoco á ella; pasábamos en el mundo por un buen matrimonio, pero estábamos tan léjos el uno del otro, como la tierra lo está del mundo de Neptuno; y creo que no habrá otro hombre en este planeta que se hay a casado mas enamorado que lo estaba yo de Margarita, porque estaba loco por ella, y ella á su vez tambien parecia que estaba muy entusiasmada conmigo.

Muchas mujeres viven solas, Amalia, pero no puede V. calcular cuantos hombres viven solos tambien; por esto, Julia mia, aprende en la verídica historia de Margarita; no te abandones despues de casada, que es el primer paso que dan muchas mujeres para vivir solas, y hacer vivir solos á sus maridos.

La historia del amor no termina con la bendicion del sacerdote; esta no es mas que una fórmula necesaria para el órden moral, mas la historia del amor comienza á escribirse cuando la mujer pertenece á su marido, cuando un hijo los une, cuando sufren juntos; entonces, Julia, entonces es cuando se escribe la historia del amor.

Eso que dicen los poetas que el amor es la poesia del matrimonio, y que el matrimonio es la prosa del amor, es una mentira; en el matrimonio hay poesia si la mujer y el hombre se quieren como se deben querer.

—Dice V. muy bien, dijo la madre de Julia; mi marido se quedó ciego, y hasta su misma desgracia sirvió para aumentar nuestro amor.

—Mi padre no vivia solo, replicó Julia.

—Ni Enrique tampoco vivirá, contestó Nuñez; mañana les contaré porque viví solo con mi segunda mujer, y así tendrá V. mas asunto, Amalia, para escribir sobre la soledad del hombre.

—Pierda V. cuidado que escribiré cuanto me sea posible; y dando un beso á la niña que dormia en los brazos de Julia, nos retiramos prometiendo volver á la noche siguiente.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

*Para el 117*

---

## PENSAMIENTOS.

---

Los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres; el que desee á aquellos grandes y virtuosos, eduque á éstas en la grandeza y la virtud.—*Rousseau*.

La verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira como el aceite sobre el agua.—*Cervantes*.

La ingratitud es un vicio contrario á la naturaleza, puesto que hasta los animales son agradecidos.—*Segur*.

La instruccion desarrolla en nosotros el gérmen de los talentos, y los sabios principios nos fortifican en el amor de la virtud.—*Horacio*.

Si quieres ser sinceramente virtuoso, es preciso que obres siempre con franqueza.—*Rousseau*.

Letras sin virtud, son perlas en el muladar.—*Cervantes*.

Promete poco, y cumple mucho.—*Demófilo*.

La ignorancia es el camino primero del mal.

A Dios solo se vá por la caridad y la ciencia.

La ley de Dios es el progreso.

El bien se hace porque es bien.

Por mas que un tonto haga que le borden los vestidos, estos no serán mas que los vestidos de un tonto.—*Séneca*.

La vida es demasiado corta para perderla en palabras.—*Racine*.

El infinito es el horizonte del sér.

A vencer sin peligro se triunfa sin gloria.—*Corneille*.